

ANITA MUR



CÓDICE

ANITA
MUR

FRANK DAVID FRÍAS

Esta empresa ha recibido una ayuda cofinanciada al 100% con recursos REACT UE, a través del Programa Operativo FSE 2014-2020 de Navarra, como parte de la respuesta de la Unión a la pandemia de COVID-19

FINANCIADA POR:



Anita Mur

Diseño de cubierta: *Giselle Lucía Navarro*

Edición y Diagramación Interior: *Luis Amaury Rodríguez Ramírez*

Primera edición: Primigenios, 2020

© Frank David Frías Rondón, 2023

© Segunda edición:

Ribla Editores, 2023

<http://www.riblaeditores.com>

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, o su uso en cualquier formato, o por cualquier medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabación, transmisión o cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor o de RiblaEditores.

Los pilotos del Almendares

Está claro que a nadie debe gustarle un apodo como *murciélago*; pero no estoy seguro que eso haya sido la gota de más en el estanque. Demasiada sangre, pienso en aquel febrero y veo sangre, miles de burbujas en el agua; cierro los ojos y continúan allí, dan vueltas como luciérnagas alrededor de mi cuerpo sumergido. Si es de noche no consigo dormir hasta un par de horas antes de la salida del sol. Sin embargo, no me quejo, podría ser diferente, incluso hay quienes con menos presión se han removido el cerebro con un disparo o saltado de un edificio. Me mantengo firme. La vida no vacila y sigo por la ciudad, sin rumbo, sin escribir.

Pasamos cerca del túnel. No pretendo ignorar el río. Le digo al taxista que pare y unos instantes después me deslizo por el promontorio que muere a la orilla del Almendares. Fluye tranquilo. Unas embarcaciones de pesca permanecen agrupadas del otro lado.

Aquel día Ana se quitó los zapatos, las medias. El viento le pegaba el uniforme de secundaria al cuerpo.

—¿Vas a meterte al agua? —ella asintió.

Aunque estábamos en la desembocadura, era considerable la inmundicia creada por el petróleo, las aguas albañales y los químicos escupidos por las fábricas de cerveza y de papeles apostadas más arriba. Ana metió el pie con cuidado: el fondo era una mezcla de lodo, piedras resbalosas y baba formada a través de los siglos por la descomposición de criaturas al morir. Avanzó. Evitaba la basura. En cuanto el agua le rozó la saya se detuvo.

—Entra —me dijo.

—Nada de eso, me gusta aquí.

Apoyé las nalgas en el tronco y descorché una botella de vino de zanahorias que compramos en una cueva tenebrosa por

cinco pesos. Le di un toque y me vibró la cabeza. Necesitaba olvidarme de que al regresar a casa estaríamos en problemas por faltar a clases

—¿Qué haces? —le pregunté y no respondió.

Luego de cerciorarse que nadie la veía, agarró la saya por el borde, y una vez que la hubo levantado reanudó el avance. Puse mucha atención en su retaguardia, apenas cubierta por un pedazo de braga *beige*, con un hueco considerable.

—Sé que me estás vacilando las nalgas, créete que soy estúpida. —Solo veo un blúmer roto, deberías tener más cuidado. Si en la escuela lo descubren vas a ser el hazmerreír durante mucho tiempo. La gente no olvida las cosas con que pueden herir a uno aunque pasen muchos años.

Finalmente, Ana llegó hasta dos pilotes que sobresalían unos dos metros sobre el jugo verdoso. Apoyada en uno de ellos perdió por un instante la vista en el horizonte. Ella no acostumbraba a pensar demasiado, al menos no en aquellos tiempos. Apenas irradiaba esa mañana, esos días en general, un pelo negro al antojo del viento, algunas libritas de más, brincos y juegos, una rana feliz.

—¡Anda, guanajo, tírame una foto!

Ahora abrazaba el pilote, había olvidado la saya por completo, el agua le llegaba a la cintura. Agarré la cámara e hice lo que dijo. Una imagen bastó. Tengo un millón de fotos de ella desde primaria hasta el invierno pasado, cuando llegó el último febrero. Me fui a lo de la beca en Argentina y la única foto que llevaba era la del Almendares.

Salió del río y fue a sentarse en una roca gastada por el tiempo. En ese momento quería irme de allí, la peste del agua y las brujerías a lo largo de la orilla era insoportable. Los pollos muertos reventaban por el calor.

—Recuerda esto —me dijo exprimiendo la saya—, tiene un significado.

Me tapé la nariz y fui hacia ella.

—Solo veo una loca sin miedo a coger una infección en el pipi.

—Ah, si eres un guanajón. Es obvio el mensaje. Soy yo, limpia, con brillo, destacada entre tanta mierda, dura igual que los pilotes de este río.

Abrí su boca, olí: puro vino de zanahorias. La tomé del brazo y propuse regresar a la escuela. Salimos a la calle frente al Johnny Club. El viaje de regreso podría durar una hora, eso me preocupaba. Mis padres estaban hartos de mis escapadas. La directora Montenegro no paraba de repetir: Esos inútiles no mejoran con ningún método. Los he hecho copiar la *Ilíada* tres veces, *Papá Goriot*, *La noche de los asesinos*. Han calculado los productos más que nadie. Ningún castigo ablanda a esos dos.

Yo reía. La cara arrebolada de la directora no escapaba en ese momento de mi cabeza.

—En buen lío estamos... ¿Ana?

Estaba solo en la calle. La vi desde el borde donde terminaba el asfalto y empezaba la tierra. Ella permanecía inmóvil en la orilla. Fui a buscarla, quise pelearle por la demora, pero me contuve. Otra vez tenía la vista en los pilotes. Nunca le vi antes esa expresión: un ajuste de seriedad y desconfianza.

—Es hora de irnos —le susurré.

Aceptó con un movimiento de cabeza, volvimos a la calle. Antes de largarnos echó otro vistazo al río.

—¿Pasa algo, Anita? ¿Podemos irnos pa' l carajo?

—No, nada, mejor nos apuramos, estamos en candela con Biología.

Más adelante cortamos camino por un bosquecillo de pinos. El viento creaba un ruido extraño, la copa de los árboles se movía de manera sospechosa y media tonelada de polen en el aire le daban al lugar un aspecto de ultratumba. Terminé por no darle importancia. Al llegar a la escuela supimos que algo andaba mal, bastaba con ver la cara de nuestros socios. Montenegro salía de su oficina en ese instante, dispuesta a fumar uno de sus apesados cigarros y al vernos, corrió al interior de su pocilga para salir con mis padres. Esa misma tarde mis creadores estuvieron de acuerdo en que Ana Isabel representaba un escollo en mi educación.

El taxista presiona el claxon con todo. Subo por el promontorio y desde la cima miro una vez más el Almendares, los pilotes. Finalmente entro al auto. Nos movemos.

—¿Aún quiere ir a la calle? —pregunta el chofer.

—No lo sé, es domingo. Mejor lléveme a Santos Suárez y allí le indico dónde está la iglesia.

Olivia

La iglesia pentecostal Ciudad de Refugio brinda el culto matutino. Las hijas de la pastora, junto al coro de damas y jóvenes a cargo del piano y la batería alimentan el ambiente con cánticos de adoración. Desde el portal examino los rostros, busco a la vieja amiga de las pecas. Hay muchas personas. He estado ausente por seis meses y veo que ha crecido el número de miembros.

—No... —lentamente giro ante el sonido de esa voz—. No puedo creer que estés aquí.

Es la persona que busco. Nos abrazamos en el portal. Adentro continúan los cantos.

—Olivia, mi bella Olivia.

—¿Cuándo llegaste? —me cuestiona, emocionada.

Señalo el equipaje junto a la cerca que limita la propiedad de la pastora. Los ojos le brillan. Creo que quiere decir algo pero le cuesta soltarlo.

—Voy a casa, pero antes quise venir a saludarte, sabía que te encontraría aquí.

Dice que la espere, estará conmigo en unos segundos. Regresa vestida de forma corriente, sin el uniforme azul de mariposa plateada en el pecho y zapatillas aterciopeladas que exhibía.

—Vamos a mi casa —dice Olivia y nos ponemos en marcha.

No vive lejos. Nacida y criada en uno de los barrios descoloridos de Santos Suárez.. Distante de Santa Catalina, la calzada residencial donde nunca se ven las personas que habitan las grandes casas. No obstante, Olivia cree que su barrio es el mejor del mundo. No le importa demasiado el río que pasa bajo las calles vomitando un hedor a clarias, brujerías y lodo. Olivia es una flor protestante en medio del marabú. Nos recibe la madre: la señora Elizabeth. Me abraza de golpe con todas sus libras y

luego, con las manos en la boca, deja escapar un par de lágrimas. Sabe cómo prepararme el café: una jarra prostituida con agua y azúcar. Una mezcla negruzca que todos critican. *Café a la americana*, le aseguré a un perro llamado Tulio un millón de veces. Y él respondía: *esa basura te la tomas tú, no hay que traicionar al gusto de tal forma*. Nunca entendí a ese hijo de puta. Él, como muchos, bebía el café de mierda que sirven en cualquier lugar de la ciudad, incluso el brebaje que venden en G Café. En fin, bebo un trago de mi jarra y le sonrío a Olivia, que se sienta a mi lado con una taza de té. Me actualiza en pocas palabras:

—Aquí todo sigue igual, tú sabes.

El sol de agosto entra por la ventana iluminándole el pelo, rubio, las pecas. Todavía me pregunto por qué nunca le he propuesto matrimonio; por qué no le he propuesto matrimonio a nadie en treinta y tres años. Aunque una vez lo pensé: Ana Isabel y yo éramos novios entonces, pero llegaron los tiempos oscuros y cuando la vi de blanco estaba ella tras un cristal en la funeraria de Calzada y K. El día siguiente al velorio amaneció con una nata gris suspendida en el aire. Las gotas impactaban sobre el mármol de las tumbas...

—¿Estás bien?

Olivia me mira fijo, busca dentro de mi cabeza. Bebo otro poco de café.

—Estoy bien, un poco aturdido pero tranquilo. No tuve mucho tiempo en Buenos Aires para pensar. Tenía que llevarme de un golpe el recuerdo de lo que sucedió. Logré conseguir un trabajo para mantener la mente distraída en las horas que no estaba ocupado en escribir la novela. Vendía libros en una tienda más pequeña que tu casa, apostada en los altos de un restaurante italiano. El último mes me lo pasé sin dormir. No sé si era porque estaba empezando a aceptar lo que ocurrió, o como sistema de defensa. Llegué aquí y pum: la realidad. Cuatro horas en La Habana y aún no estoy en el barrio. El Vedado adquiere todo el significado de su nombre en cuanto pienso en él.

Olivia me toma las manos.

—He orado mucho por ti. Le he pedido a Dios que te cuide.

La abrazo. En verdad no sé por qué nunca le he propuesto matrimonio. Quizá es que debo convertirme en protestante y a mi cualquier tipo de orden en mi vida me vuelve loco.

—¿Quieres hablar?

—¿Hablar?

—Solo si quieres.

—Mejor salgamos de aquí, hace un calor horrible.

Compro dos pizzas y nos sentamos en los escalones del cine Mara. Olivia tiene el rostro cuadrado que adopta cuando debe hablar, soltar de las entrañas el virus que le corrompe el sistema. Suda mucho, el pelo se le pega a la sien. Finalmente dice:

—Yo también trato de apartar el recuerdo. Voy más a la iglesia desde entonces, al cine... La gente me parece tan ordinaria.

Ana empezó a llamarme mucho por teléfono en esos días antes de su transformación. Fue a visitarme dos veces al culto. Pensé que algún problema de mujeres le preocupaba. Hacía un calor como hoy: treinta y pico de grados. Yo bailaba junto a las muchachas de la danza y Ana se paró bajo el dintel. Se veía confundida, Abel, muy confundida. La acomodaron en una silla y esperó. Al terminar el culto salimos a la calle y no me dio tiempo a abrazarla. Me dijo que sentía miedo y que la acompañara a su casa. Durante el viaje en la guagua noté que ella empezaba a oler mal. Se lo comenté y pareció no importarle. No habló hasta que llegamos. Yo estaba empapada en sudor. Ella no paraba de culpar a las personas en el ómnibus, según Ana le habían pegado el mal olor; pero noté que era un pretexto. Lo supe al entrar a su casa. La humedad y los depósitos de basura habían logrado un buen equipo. Corrí a abrir las ventanas y, como antes, a Ana Isabel no pareció importarle nada de lo que yo hacía o decía. Me acerqué a ella, quise decirle: ¿Y bien, qué te obliga a volverte un sapo pestilente?, pero apenas alcancé a susurrar:

—¿Qué ocurre, Ana Isabel?

—Nada, solo cometí un error.

—Si sus padres no se hubiesen ido de misión a Indonesia por lo del terremoto habría jurado que estaban muertos y escondidos en algún lugar de la casa, que su propia hija los había matado después de todo. Ana cerró las ventanas y abrió la puerta del cuarto.

—Adelante —me dijo—, mira ahí dentro, Olivia, mira... es brujería. Empecé a orar mientras me acercaba a la habitación. Esperaba encontrar un pollo sin cabeza o algunas frutas alrededor de una vela encendida, o incluso algo más grande: un chivo tal vez. Pero aún así no entendía por qué me temblaban las piernas. Tomé una bocanada de aire y fui hasta la entrada del cuarto. Frente a mí, el cuarto más ordenado del mundo.

—No entiendo...

—Mira bien Olivia, mira bien.

Intenté complacerla, aunque no llegaba a convencerme ante la pulcritud y la calma que transmitían las cortinas en cada ventana (oscilaban con la brisa de agosto). Después de otra mirada por la habitación mantuve mi criterio. Pero como Anita insistía en ver allí algún tipo de conjuro, le pregunté.

—¿Qué es lo que te tiene tan alterada?

Ana Isabel, en una suerte de acto teatral, subió a la cama y dijo despacio:

—Es la Wicca, sus espíritus están metidos ahí.

Y miró el ropero. No tuve otra opción que deslizar la puerta y mostrarle su ropa. Los trajes raros que le dio por usar en esos días oscuros. Dios cuide de ella. La tomé de la mano y en el baño, luego de ayudarla a quitarse el vestido, la vi meterse bajo la ducha, parecía cansada.

—Se te enfría la pizza, Olivia.

Comemos un poco, aunque la comida no pasa muy bien por la garganta, excepto por la ayuda de largas chupadas a la botella de refresco.

—Bien —carraspeó—, la segunda vez que Ana fue a buscarme a la iglesia, fue el día del adiós. Caía un aguacero. Cruzó la calle, quizás iba a entrar, no sé. Lo cierto es que salí para que no irrumpiese allí. No podía permitir que fuera el centro. Andaba vestida de negro; uñas y maquillaje del mismo color. Caminamos y no abrió la boca hasta llegar ambas a la Calzada.

—Vine a despedirme.

A despedirse, y yo preocupada por su vestido de encajes y terciopelo, por sus guantes y una sombrilla también negra, para remate de un cuadro siniestro. Alguien le gritó: ¡Mariposa bruja!

Busqué con la vista para saber de dónde provino la voz pero la lluvia apenas me dejó distinguir un tramo delante de mis ojos. El agua corría calle abajo. Ana tomó mi mano y alzó la voz a causa del ruido por la lluvia.

—Hoy es el día, voy a vérmelas con el cabrón.

Cerré mi sombrilla y fui bajo la suya. Quería escucharla mejor.

—¿Hoy es el día?

—Sí, Olivia, hoy es.

—¿De qué hablas, Ana? No entiendo nada.

Las alcantarillas estaban tupidas y al ruido de la lluvia se sumaba el del agua corriendo avenida abajo. Sonó mi teléfono y supe que eras tú; sin embargo, no atendí la llamada. De haber respondido nunca la hubiese dejado sola. Ana parecía tranquila. No paraba de mirarme.

Se despedía, Abel, se despedía con esos ojos oscuros sin el brillo de siempre. El ruido ya era insoportable, el viento más fuerte. Las alcantarillas de las esquinas y la del centro, junto al separador, botaban chorros de agua negra que llegaba hasta las aceras, salpicaban la entrada del teatro Apolo y una parte del hogar de ancianos. Creo que todos permanecían encerrados en sus casas. Es verdad que luego algunos dijeron que era fango del río, *se desbordó con fuerza esta vez, mijita*. Sin embargo, tú sabes que el río no llega tan lejos, parecía sobrenatural.

—¿Aún estabas ahí parada cuando te llamé por segunda vez?

—le pregunté a Olivia luego de beber un poco de refresco.

—Sí, ahí, debajo de la lluvia. En algún momento Isabel se había ido. En fin, fue la última vez que la vi con vida.

—Marqué tu número otra vez, lo recuerdo, y respondiste muy alterada. Te pregunté si habías sabido de Ana y dijiste que acababas de verla y presentías algo muy malo.

—Olivia, escucha, alcánzala, oblígala a ir a tu casa, voy hacia allá.

—No entiendo nada, Abel. La he perdido. Vino a despedirse, así me dijo y ahora no la veo por ningún lugar. Aquí está cayendo tremendo aguacero.

Justo ahí dejó de funcionar el celular, demasiada agua. Mojada, sin fuerzas para abrir la sombrilla, regresé a casa aturdida. Ni siquiera recuerdo qué hice en las dos horas siguientes.

La bestia

Cae la tarde más allá de la ventanilla del taxi. La Habana pasa, tan deteriorada como varias partes del viejo Buenos Aires. Le pago al chofer y bajamos. Olivia me da una palmada en la espalda.

La casa vista de cerca parece observarnos, retener cientos de voces y risas y llantos como pagaré de tantos años habitada. Subimos la eterna escalera de mármol y arriba, lo primero que encuentro son nuevos pedazos de techo esparcidos sobre el piso. Olivia siempre insiste en que me mude, que pueden darme mucho dinero por esta residencia de cinco cuartos, tres baños y dos cocinas, mi hogar.

—Con ese dinero puedes hacer tu propia película, abrir una pizzería y así poder escribir tus guiones cuando quieras.

¿Y los recuerdos? ¿Y la abuela? ¿Y la terraza dónde mi padre festejaba con sus amigos a golpe de cervezas extraídas del tanque con hielo, y la música de Los Van Van, Lionel Richie o Silvio?

—Despierta —Olivia me sacude un brazo—. ¿Todo bien?

—Sí, dejemos el equipaje por aquí.

Después de echar un vistazo a la casa (con mucha dificultad, como si alguien tirara en dirección opuesta a la mía de un cable atado a mi cintura: no paraba de ver a Anita, y por vez primera quería huir de ella); encuentro a Olivia en la biblioteca. Le gusta limpiar, deslizar un paño sobre los estantes o por cualquier lugar que le venga en ganas. Aclaro que debo salir a buscar algo de comida.

—¿Qué prefieres?

—Por mí está bien, no tengo hambre —asegura Olivia.

—Pero luego la tendrás, así que salgo y no demoro en volver; mientras, puedes darte un baño si quieres.

Le parece razonable. En las profundidades de la casa, en el cuarto de baño más grande, ocre y polvoriento, Olivia tiene problemas para hallar las toallas. Ella siempre huye del *glamour*. Si hay biscuit de pasta tierna fabricado en Sévres a un lado y vasijas de barro de Itá al otro en una feria, es fácil adivinar hacia donde irán sus pasos. El baño más destartado de la casa es adecuado para Olivia, aunque ahora tiene la ligera sensación de mal olor.

—Tiene que ser un animal muerto. Una rata quizás —dice.

Buscamos en el closet del pasillo y la primera cocina (la más ventilada, la más pequeña). Revisamos después la segunda: la chimenea empotrada en una de las esquinas, maquillada a base de ladrillos, a diferencia de los típicos azulejos que muestra la anterior. No cabe duda, de aquí sale el mal olor. Miramos en la despensa. Todo parece normal. Antes de seguir abro la ventana y la puerta que da a la parte posterior donde están los cuartos en ruinas, que una vez, en época del presidente Batista, servían de guarida a la servidumbre. Mi esfuerzo para que alguna brisa mejore la situación es inútil. Las matas de mango y ciruela en el patio permanecen inmóviles. Lo único que entra a la cocina es el vapor de agosto atestado de humedad. Olivia retrocede. Se lleva una mano a la nariz, está mareada. Corro hacia ella y recibo un puñetazo de hedor. No caigo al suelo, pero doy uno o dos pasos hacia atrás antes de ayudarla. Retrocedemos hasta el fregadero. No puedo superar el impacto y vomito encima del tragante. Frente a nosotros ha quedado abierto el refrigerador, en la parte de arriba donde suelo congelar, hay una catarata de gusanos que desciende hasta el viandero.

—Olvidé la carne—le comento a Olivia con la mano en la nariz.

Salimos a la terraza. Inhalo una gran bocanada de aire. Olivia es muy sensible y yo un imbécil. Le compraré un *croissant* porque es una de sus debilidades, para compensarla por este mal momento.

A pesar de llevar un rato afuera conservo en mi mente el olor de la carne. Nunca pensé que andar sin llamar la atención del resto sería tan nostálgico, es de pronto comprender el conflicto del fantasma y su determinación a existir. A veces creo escuchar *Murciélagos*, no tan fuerte como antes. Miro hacia un lado, otro, y recibo los ruidos de la ciudad, su ajeteo. Aunque nadie

gritará de nuevo murciélago a Ana Isabel; convicción forzada, donde quiera que hay un cartel con alguna consigna, yo leo Wilder y Edgar son... homosexuales. Sonríe. Volver nunca puede ser tan malo. Finalmente regreso con dos raciones de comida, refrescos y el *croissant*. Todavía la peste recita un mal poema en el ambiente, sin la misma fuerza de antes en los versos, pero aún logra mantener la atención. Olivia me pide que deje la comida en la otra cocina y ocupe mi tiempo mientras ella termina de limpiar el refrigerador.

Otra vez salgo a la terraza; en la parte de abajo vivía Ana. Ahora el jardín es un mar de hojas secas caídas de los laureles que pueblan el barrio. Agarro una escoba, un saco, bajo por la escalera de mármol y brinco la reja que separa mi portal del jardín de Ana. Ella siempre lo tenía impecable. Comienzo a barrer, a echar las hojas en el saco. Para mi sorpresa incluso aquí huelo el mal olor y pego mi cara al cristal de la puerta de entrada. Me erizo, mi piel de los pies a la cabeza experimenta oleadas de corriente. Apenas logró ver la sala. Limpio un poco el cristal y aparecen los muebles, el reloj de pared detenido. Algunas hojas de laurel han logrado entrar y le imprimen un matiz de abandono a la casa. Intento ver más allá, a lo largo del pasillo, pero la oscuridad no me lo permite. Por un momento, Ana Isabel coloca un disco en el reproductor y se retira al sofá. Podría seguir un rato con Ray Charles, sin embargo, la peste me acaricia suavemente las ventanas de la nariz y todo vuelve a ser un local sombrío. El sello de Vivienda en la puerta indica que la soledad reina adentro, que pronto llegarán extraños a ocupar el templo de Ana. La mierda de vida, sus cambios.

Salgo al barrio para alejarme del mal olor, pero sigue allí. Ana aseguró que venía del solar y no de nuestra residencia de dos plantas, donde una vez vivió una familia adinerada y ahora la familia de Ana y la mía.

—Viene del solar. Están haciendo brujería.

Miré a Ana Isabel y le dije que se nos hacía tarde. Estábamos en la lista negra de la directora Montenegro. Sonaron de pronto los tambores en las entrañas del solar. Ana dijo:

—Ya están metidos en otra fiesta de santos, es por eso que el barrio huele en candela.

Un gran majá de Santa María salió del solar, un metro y medio de largo al menos. Isabel cruzó la calle y lo agarró de un zarpazo.

—¡Corre. Vamos, al bosquecillo! —soltó bastante agitada.

La vi alejarse con el animal enredado en el cuerpo. Dudé un instante. Salieron del caserío un par de hombres. Un montón de collares les colgaban al cuello. Corrí tras Ana. Nos persiguieron. Trepamos el muro que bordea el pequeño bosque, que en realidad es una extensión en pleno Vedado de unos cuarenta metros cuadrados, y nos adentramos entre los árboles de Majagua y las siempre olorosas enredaderas de Flor de Pedo. Allí, en medio de aquel pedazo de vida salvaje, muchas veces construimos casas de cartón para alejarnos de todo.

Después de las clases solíamos ir a nuestra casa en el bosque. Yo me tiraba en el suelo, también de cartón, y miraba a Isabel moverse a gatas. Fingía ser una madre ocupada con palos como cucharones, hierba por ensalada. Un par de años más tarde la suerte nos dejaba en el mismo sitio, pero en circunstancias anormales. Ana se arrodilló en la tierra cerca del muro que daba comienzo a la base de taxis. Con mucho trabajo logró desprenderse del cuerpo el majá; lo depositó entre las hojas esparcidas en el suelo y ambos lo vimos arrastrarse a la zona más húmeda, oscura, hacia una esquina del lugar: un muro de piedra caliza rematado en musgo y aguas albañales escapadas de las tuberías del edificio Salazar, más algunas raíces de Majagua que intentaban escapar fuera de ese matorral no común en el corazón del Vedado. Ana abrió una brecha entre las flores de pedo para ver si habíamos logrado perder a los tipos, y entre eso y una mano peluda que la agarró por el cuello de la blusa del uniforme, transcurrió apenas un segundo. Empezó a gritar asustada entre los orangutanes. El que no la aguantaba vociferó:

—¿Dónde metiste el majá, comemierda?

Mis piernas se hacían gelatina.

—Di dónde lo soltaste o te echamos al pastor alemán que tiene La Bestia en el patio.

La Bestia era el velludo que sacudía a Ana. Mis dientes chocaban entre sí. De pronto Anita empezó a morder la mano llena de pelos, entre mordidas soltaba unos gritos atiplados tan largos que pensé que iba a desmayarse. El que la sostenía comenzó

a decirle que se callará, en ese instante presentí algo malo. El otro, Pupo, famoso en el barrio por ladrón, abusador y otros asuntos turbios, miraba en todas direcciones, sobre todo al edificio Salazar.

—Déjala ya, vamos a buscar al majá de pinga ese.

El gigante de las manos peludas lo pensó un momento. Quizá allí habría terminado aquello, pero Ana lo pateó en las pelotas y un aullido infernal se alzó hasta la copa de los árboles. El gigante le pegó un bofetón a Isabel que la hizo caer al barro. Tomé una piedra y emprendí el ataque desde mi guarida. El proyectil pasó a unos centímetros de la cabeza del tiranosaurio. Pupo me atrapó por el pelo. Un par de sacudidas aguaron mis ojos. No grité. Juré que ese par de hijos de puta lo iban a pagar, aunque tuviera que esperar unos años. De momento éramos un par de estudiantes de séptimo grado atrapados en su propio bosque, invadido por dos criaturas con aliento a tabaco y alcohol. El gigante agarró a Ana, la arrimó a un tronco y con la otra mano se tocaba el pene por encima de la ropa. Pupo le gritó:

—Deja eso ¿qué pinga te pasa?

—No te metas, esta va a aprender a no coger lo mío.

Pupo lo empujó y empezaron la discusión:

—¿Qué coño te pasa? ¿Tú quieres que te vean desde el edificio? Aproveché y tomé a Isabel del brazo, corrimos sin mirar atrás.

Mientras mi madre planchaba otra camisa de uniforme (la anterior había quedado tan sucia de barro que descansaba en un cubo con agua y lejía), podía escuchar los gritos de Ana por la paliza que le daban sus padres adoptivos. Con todo el asunto del majá llevábamos atrasados media hora. Nunca dijimos nada de lo ocurrido, creo que fue por no ver a nuestros padres envueltos en un problema con Pupo y el gordo velludo, eran de temer sobre todo con su pasado carcelario. Mi madre me prometió un castigo por llegar sucio y sin dar explicaciones. Bajé la escalera y vi a Isabel en el bordillo de la acera. Reía después de todo. Quizá no era consciente de la claridad con que se escuchaban sus tandas de golpes en mi casa. Caminamos directo a la parada de ómnibus sin dejar de hablar sobre el susto reciente. El uniforme de Ana seguía hecho una mierda. No le iban a permitir

entrar a la escuela. La directora Montenegro mandaría a que le levantasen un acta disciplinaria. Al llegar a la esquina, aún con el ruido de los tambores a nuestras espaldas, en el solar, Ana se detuvo de manera violenta junto al promontorio de basura alrededor de los tanques. Allí, entre bolsas de nailon y cientos de moscas veraneando, destacaba la cabeza del majá.

—¿Desea algo?

El vendedor de plantas me observa rodeado de macetas con begonias, helechos cuerno de vaca y rosas búlgaras. Un vivero es lo que queda del bosquecillo. No sé qué institución taló los arboles y armó el negocio a base de plantas y fertilizantes.

—¿Le interesa algo?

—No, gracias. Creo que me alejé demasiado.

Camino a casa con la vista en ningún lado, sin ganas de nada. La súper residencia de dos pisos aparece entre laureles. Olivia está en la terraza. Subo la escalera de mármol y la encuentro en la saleta.

—Llevo media hora esperándote —dice con ademanes alegres. Evidencia de su victoria con la peste—. Te cambié las sábanas y abrí las ventanas en tu cuarto para que la humedad se vaya. También te serví la comida ¿Te pasa algo?

—¿A mí? No, por qué.

—Tienes una cara horrible.

—Supongo que es el cansancio del viaje; voy a ducharme antes de comer.

Entro al baño. Abro la ducha y espero a que el agua se caliente. El chorro golpea el fondo de la bañera.

Llevo veinte minutos quizá viendo ese chorro. Olivia toca a la puerta

—¿Te fuiste por el tragante? Anda vamos, que tu comida es un hielo.

—Enseguida salgo, en cuanto termine de secarme.

Escucho los pasos de Olivia mientras se aleja. Me coloco bajo la ducha y empiezo a bañarme.